

“Ser diferente en el sur. Construcción identitaria de adolescentes en una ciudad mediana”.

Daniel Eduardo Jones.

Cita:

Daniel Eduardo Jones (2004). *“Ser diferente en el sur. Construcción identitaria de adolescentes en una ciudad mediana”*. VI Jornadas de Sociología. Facultad de Ciencias Sociales, Universidad de Buenos Aires, Buenos Aires.

Dirección estable: <https://www.aacademica.org/000-045/559>

“Ser diferente en el sur. Construcción identitaria de adolescentes en una ciudad mediana”¹

Daniel Eduardo Jones (e-mail: elmoro@arnet.com.ar)

Becario del CONICET en el Instituto de Investigaciones Gino Germani y docente de la Carrera de Ciencia Política (Facultad de Ciencias Sociales, UBA)

Resumen

La idea del presente trabajo es analizar los procesos de construcción discursiva y los contenidos de una identidad que torna a un adolescente diferente respecto del tipo mayoritario extendido entre las personas de su misma edad. Así, analizamos los relatos obtenidos a partir de las entrevistas a dos varones, para recuperar su miradas sobre sí mismos y su posición respecto de grupos que constituyen su identidad.

La amplia mayoría de estudios sobre adolescentes en nuestro país se concentran en la ciudad de Buenos Aires y, en menor medida, otras grandes ciudades (Córdoba, Rosario). En nuestra investigación tomamos a los jóvenes de Trelew (Chubut) en tanto ciudad mediana, rastreando las particularidades de un contexto relativamente pequeño, con menor grado de anonimato y un nivel de tolerancia aparentemente más bajo, entre otros rasgos.

Consideramos significativo para comprender a estos adolescentes el dar cuenta de sus procesos identitarios, y en ese sentido avanzamos tomando dos casos para analizar cómo construyen su identidad de diferentes: el del Negro, quien posee marcas étnicas que indican su origen mestizo, asociadas a (y resignificadas por) su pertenencia a un estrato socioeconómico bajo; y el de Nono, único caso de la muestra que se identifica como gay.

Introducción y algunos elementos teóricos

La pregunta por la identidad surge cuando ésta se torna problemática². Ser un o una adolescente diferente a la mayoría³, en algún sentido socialmente desvalorizado, ya aparece

como un desafío en las grandes ciudades, hasta cierto punto, cosmopolitas y tolerantes.

Nosotros tomamos aquí otro entramado de significaciones y relaciones sociales (Geertz 1990) como escenario en el cual se inscriben procesos de construcción identitaria: Trelew, una ciudad mediana, relativamente joven y alejada de las grandes urbes⁴.

Al analizar cómo construyen su identidad de diferentes el Negro y Nono⁵, utilizamos el término identidad acentuando justamente la diferencia, el proceso más que la configuración, pensando a la identidad no como un conjunto de cualidades predeterminadas sino como una construcción nunca acabada, abierta a la temporalidad, la contingencia, una posicionalidad relacional sólo temporariamente fijada en el juego de las diferencias (Arfuch 2002: 21). Este ejercicio intelectual exploratorio busca pensar a las narraciones de estas identidades como construcciones performativas y relacionales, rastreando tanto los contenidos como los mecanismos de dichas construcciones, partiendo de la idea de que “no hay identidad por fuera (...) de la narrativización –necesariamente ficcional- del sí mismo” (Arfuch 2002: 22).

Los relatos tomados nos permiten reconstruir, simultáneamente, historias de vida particulares y algunos rasgos de *tipos* que pueden estar presentes en otros adolescentes.

¹ Una versión preeliminar más extensa de este trabajo fue presentada para el seminario “Discursos sociales y producción de subjetividad. Perspectivas analítico/críticas”, dictado por Leonor Arfuch el primer cuatrimestre de 2003 en el Doctorado de la Facultad de Ciencias Sociales, UBA.

² Según Robin (1994: 36), “uno empieza a hablar de una identidad, cualquiera sea, cuando no está seguro de su identidad, cuando hay una distancia o un problema, así se trate de una dificultad para asumir esta identidad, de una doble polarización o de múltiples identidades posibles.”

³ Según Tajfel, las definiciones más fecundas de “minoría” no se guían por un principio numérico sino por la posición social de los grupos considerados minoritarios, ya que “ciertos tipos de desventajas sociales compartidas por ciertos tipos de personas, son más importantes para comprender lo que a éstas les sucede y lo que hacen que las consideraciones numéricas” (Tajfel 1984: 350). En esta línea, Meintel (1993) propone dar un paso más dejando de lado la idea de minoría para poner énfasis en que la discriminación social, un proceso central en los casos que analizaremos, es una relación política de subordinación, independientemente del tamaño relativo del grupo discriminado, por lo que deberíamos hablar de relaciones entre grupos opresores y grupos oprimidos.

⁴ Trelew está a 1500 km de Buenos Aires y en la actualidad tiene alrededor de 90 mil habitantes. Su fundación como ciudad data de 1886 y su principal crecimiento demográfico se produjo a partir de la década de 1970, con la promoción industrial que alentó las migraciones desde otros lugares de la provincia y del país (Sancci y Paniquelli 1997).

⁵ Estas entrevistas fueron realizadas en el marco de la beca de investigación sobre “Prácticas, actitudes y valores relativos a la sexualidad en adolescentes de la Provincia del Chubut”. Durante el mes de septiembre de 2003, tomamos 35 entrevistas a adolescentes varones y mujeres de entre 15 y 19 años. A cada uno de ellos, que asisten al nivel Polimodal y son residentes en la ciudad de Trelew, un investigador de su mismo sexo les tomó una entrevista individual semi estructurada que duró entre 45 minutos y 1 hora y 40 minutos, según los temas que fueran surgiendo y la disposición del entrevistado a responder. Las entrevistas fueron grabadas y desgrabadas de la manera más literal posible, agregando las notas del entrevistador acerca del lugar de realización, los acontecimientos y los climas durante la entrevista. Para este trabajo realizamos una primera codificación.

¿Cómo se construye discursivamente una identidad diferente de la mayoría de sus pares?

Para contestar dicha pregunta, apelamos al cruce entre la noción de identidad narrativa propuesta por Ricoeur y la teoría de la identidad social de Tajfel. Por identidad narrativa entendemos a la identidad que surge de los propios relatos, pues “la persona, entendida como personaje de relato, no es una identidad distinta de *sus* experiencias. Muy al contrario: comparte el régimen de la identidad dinámica propia de la historia narrada. El relato construye la identidad del personaje, que podemos llamar su identidad narrativa, al construir la de la historia narrada” (Ricoeur 1990: 147). ¿Qué ventajas nos brinda este concepto? Sin la ayuda de la narración, dirá Ricoeur (1996: 997-998), “el problema de la identidad personal está condenado a una antinomia sin solución: o se presenta un sujeto idéntico a sí mismo en la diversidad de sus estados, o se sostiene (...) que este sujeto idéntico no es más que una ilusión sustancialista, cuya eliminación no muestra más que una diversidad de cogniciones, de emociones, de voliciones”. Si sustituimos esa identidad entendida en el sentido de un mismo (*idem*) por la identidad entendida en el sentido de un sí-mismo (*ipse*) el dilema desaparece, y la identidad narrativa, constitutiva de la ipseidad, permite incluir el cambio, la mutabilidad, en la cohesión de una vida (Ricoeur 1996: 998). Por su parte, para Tajfel, en tanto el individuo se percibe como semejante a otros de su mismo grupo de pertenencia, este *nosotros*, su identidad social, se perfila en oposición a miembros de otros grupos, que son caracterizados como *ellos*. Esta adquisición de diferencias de valor entre el grupo de uno y otros grupos forma parte inseparable de los procesos generales de socialización, decisivos en la adolescencia. Siguiendo a Tajfel (1984: 292), entendemos operativamente por identidad social a aquella parte del autoconcepto de un individuo que deriva del conocimiento de su pertenencia a uno o más grupos sociales junto con el significado valorativo y emocional asociado a dicha pertenencia. Esta identidad social sólo puede definirse a través de los efectos de las categorizaciones sociales que segmentan el medio ambiente social de un individuo en su propio grupo y en otros grupos (Tajfel 1984: 296), procesos que están en la base de la diferenciación entre *yo-nosotros-ellos*; uno de sus efectos es la percepción

acentuada de diferencias *entre* las categorías y de similitudes *al interior* de cada categoría. Mientras que en el caso de la identidad social la similitud intragrupal es enlazada a la diferenciación respecto de otros grupos (*ellos*), la identidad personal (*yo*) implica un sentimiento de diferencia en relación a esos otros cercanos que componen el *nosotros*. El cruce de estos planteos es posible ya que en ambos relatos aparecen jugando un rol importante las categorías *yo*, *nosotros* y *ellos*⁶, significantes que portan distintos significados o contenidos según los cortes temporales que se marcan en cada relato.

Algo sobre Trelew

¿Cómo está configurado el entramado simbólico en el que las prácticas sociales de estos jóvenes adquieren sentido, y que estas prácticas vuelven a tejer? El Negro destaca la nítida separación entre el centro y los barrios, en cuanto a códigos, posibilidades y, por ende, vida cotidiana de sus habitantes. Como ocurre en Buenos Aires, los itinerarios de algunos sectores (por ejemplo, respecto de la diversión nocturna) y la distribución espacial dentro de la ciudad (y sus usos), revelan y refuerzan simbólicamente la diferenciación social imperante. Mientras que los “negros” por la noche van a la bailanta (ubicada en el centro del ejido urbano trelewense), los “conchetos” recorren el centro sólo por la tarde, y van a los pubs y boliches de las afueras de la ciudad por la noche (ya que hipotéticamente cuentan con auto o el dinero para pagar el taxi). Particularmente la ubicación de las viviendas (“los barrios”), parece ser una base muy importante de socialización y constitución de identidad en los sectores populares⁷, para quienes la violencia, el consumo de drogas y el trato arbitrario por parte de la policía están más presentes en el día a día. Sobre la vida cotidiana de los adolescentes en este mundo, el Negro menciona considera que los adultos “son ignorantes” y por eso hablan sin saber, en un contexto barrial en el que la información sobre los “vicios”, la actividad sexual y la violencia generalmente circula con tanta rapidez como distorsión. Aquí coincide con Nono, quien considera que “la gente tiene mente de mosquito”, en referencia al

⁶ Ya sea de modo directo (utilizando explícitamente el pronombre personal) o tácito (flexionando los verbos diferencialmente en las tres personas mencionadas, por ejemplo).

rechazo que sufren aquellos que, como él, son diferentes a la mayoría. En las narraciones, la sensación de opresión y, en cierta medida, control social que significan la mirada y los dichos de los otros en un contexto donde no se cuenta con la posibilidad de anonimato (como en las grandes ciudades), se conjugan con la reducida oferta de lugares de encuentro y esparcimiento propia de un contexto urbano menor. A esto debemos sumar que Nono manifiesta no conocer a otros gays en Trelew ni un circuito de encuentro alternativo al (heterosexual) existente. Ambas cuestiones, articuladas con una mayor hostilidad abierta por parte de los otros adolescentes, impiden una manifestación libre de una identidad sexual no heterosexual y niegan simultáneamente la posibilidad de una “doble vida” como en Buenos Aires (Pecheny 2002): o se mantiene en secreto la homosexualidad o se afronta los altos costos de un opción rechazada y supuestamente solitaria en Trelew.

El Negro

Antes de comenzar la entrevista, el protagonista de la primera historia sintomáticamente eligió el seudónimo Negro. Es “un pibe del barrio, no del centro”, “un ‘negro’, como nos llaman ellos”, quien quiebra el discurso políticamente correcto de la mayoría de nuestros entrevistados, al denunciar cómo lo marcan por no poseer los atributos étnicos y socioeconómicos legítimos y deseables para un chico de su edad⁸. Su origen mestizo se evidencia en lo bajo de su estatura, su piel trigueña y su pelo negro y bastante duro, que usa corto y muy prolijo. Vive en un barrio históricamente pobre de Trelew y cuando sale va a la bailanta. Trabaja desde los 8 años y tuvo un accidente de trabajo por el que perdió un año de escuela y la movilidad de un dedo de su mano. Entre los 14 y 15 años (hoy tiene 18) aspiró poxi-ram, fumó marihuana y reconoce que, con la barra que se juntaba, le pegó a unos cuantos. Hoy su vida es otra, a la luz de una conversión religiosa y el establecimiento de un noviazgo estable, hace ya 3 años.

⁷ En Trelew los sectores más pobres viven en barrios de pequeñas casas o monoblocks originados en planes de vivienda o, en menor medida, construcciones autogestionadas de bloques.

⁸ En este sentido nos es útil el concepto de “racialización” de las relaciones de clase, proceso en el que se vincula la condición económica y el prestigio de cada grupo étnico, particularmente descalificando a la población de origen mestizo (Margulis 1999: 17).

En el relato que nos entrega el Negro, pone en juego la centralidad de la dimensión temporal en la construcción de su identidad al marcar cómo se van redefiniendo algunos significados de *yo*, *nosotros* y *ellos*. En tanto que siempre que hablamos lo hacemos desde el presente, un presente interior al discurso, se organiza lingüísticamente el tiempo a través de la flexión de un verbo o mediante palabras de otras clases (partículas, adverbios, etc.) (Benveniste 1991: 183). A pesar de sus *a priori* jóvenes 18 años, el Negro opone su presente a un pasado lejano y, ciertamente, condenable. Este carácter valorativo de los relatos acerca de la propia identidad, su imposibilidad de neutralidad, es algo en lo que coinciden Ricoeur y Tajfel y que es central para interpretar ambas narraciones. Los elementos que definían y que, al cambiar, redefinen el *yo* del Negro son: la forma de ser y relacionarse con las mujeres y su experiencia religiosa (en las que procesos casi simultáneos actúan como piedra de toque de los restantes cambios); el modo y los espacios de diversión; la cercanía con la violencia; los “vicios”; y, por último, las “juntas” (las personas con que se reúne y pasa el tiempo).

Comencemos con los que emergen en su relato como quiebres positivos, como puntos de referencia que permiten separar su pasado de su presente: el noviazgo y la conversión.

N: “Mi primer novia hizo lo que quiso conmigo. Me metió los cuernos. Yo le había agarrado bronca a la mujer. (...) Ponele salía con una piba, y a la vez salía con otras más y así... yo a eso lo hacía. Por eso fue... por eso era así yo.

E: ¿Cómo fue que cambiaste con el tema de decir... bueno, por qué con tu novia, con la que es tu novia, decidiste ponerte de novio?

N: (...) Empecé a salir con ella, no pasó ni una semana y yo ya estaba con otras más. Y... bueno ella me vio. Y ella me perdonó. Bueno, yo fui hablé con ella y ella me lo perdonó. Y bueno ahí dije: ‘basta, nunca más’. (...) Como ella me perdonó y que me dijo que no lo vuelva a hacer y yo no lo volví a hacer, ahí mi meta fue no... cambiar. Y yo pensaba cambiar con la relación con ella, pero bueno cambió todo... o sea cambió todo.

E: ¿Cambió toda tu vida?

N: Sí, claro. (...) Cuando yo empecé a salir con mi novia habrán pasado un mes, dos meses, que yo empecé a ir a una Iglesia.

E: Ajá.

N: Yo cambié. O sea, tuvo parte el que yo haya empezado la Iglesia y también mi novia viste... Fui a una Iglesia Evangélica Pentecostal, allá en el barrio (...) Porque yo había estado antes, había intentado ahí, pero no. Yo no veía nada nuevo (...) Ver el primer día una sanación, alguien que vos querés⁹. (...) Y a nosotros... (él y la novia) a mí, a mí me ayudo mucho, en muchas cosas. Porque yo cambié en mi forma de pensar. Mi modo de pensar lo cambié mucho ahí”

¿Qué cosas dejó atrás el Negro, constitutivas de su *yo* y su *nosotros* pasado, a partir del noviazgo y su conversión? En primer lugar, el modo y los espacios de diversión.

“En este último tiempo yo no he salido mucho... ahora he salido dos o tres veces pero antes cuando yo era más pibe salía todos los fines de semana. (...) La última vez que volví fue cuando la llevé a mi novia para que conozca el baile. (...) Llega el viernes y se van todos al baile. Yo como digo, yo para mí... no necesito ir a gastar plata a un baile. Si quiero me tomo una cerveza en mi casa tranquilo” (en los párrafos del entrevistado, el *énfasis* siempre es nuestro)

La diferenciación en cuanto a las prácticas que constituyen su identidad personal se pone en juego a través de un quiebre temporal que deja atrás su *yo* pasado, evidente en la flexión de los verbos (salía, no necesito) y en algunas partículas (antes, ahora) o frases (cuando yo era, en este último tiempo). Pero la diferenciación también será en cuanto a los otros cercanos que componían su *nosotros* en el pasado. ¿Por qué? Mientras que los “conchetos” van al boliche (discoteca), los que “se van al baile” son los “pibes de los barrios”, aquellos que

⁹ Se refiere a su madre sanada de un quiste diagnosticado. La práctica de las oraciones por sanidad, ungiendo con aceite al enfermo, son habituales en las iglesias evangélicas pentecostales.

constituyen el *nosotros* en el cual se incluía Negro (salía), reforzando su pertenencia (en el pasado) mediante el pronombre personal (yo) y un modalizador (siempre).

“Yo a donde *siempre fui* es a Zodiaco (...) Y los conchetos van a Acrópolis, La Recova y todos esos lugares de allá” (señalando con la cabeza la zona de boliches)

En el primer pasaje sobre la diversión se observa cómo ese cambio también se enlaza con su reposicionamiento frente a la violencia a partir de su *yo* presente, que lo separa de un *nosotros* pasado que no evitaba golpear a una persona. No es menor su cambio de actitud en tanto varón joven de sectores populares, en cuya vida cotidiana y construcción identitaria, según el propio relato de Negro, la violencia (recibida y ejercida) juega un rol importante. Dicha violencia, la forma de diversión y los “vicios” (incluyendo el drogarse en el pasado), confluyen en las “juntas”, es decir, las personas con que se reúne y pasa el tiempo. Esto es significativo en tanto que nos habla de una redefinición del *nosotros*, simultánea a una redefinición del *yo*.

N: “De lo que *era, realmente yo* cambié mucho. *Yo vivía* jodiendo, o sea, como te digo *yo no soy* de andar tomando... *pero no era* ningún nene de mamá.

E: ¿Por qué? ¿Qué pasaba ahí?

N: Yo *andaba* jodiendo. *Andaba* con unos cuantos *que se dicen ser amigos*, vistes, *en el momento que estás tomando*, pero *después* si te tienen que dejar en banda te dejan en banda. Y yo *andaba* en ésa. (...) Me drogaba, que yo... pastillaba, que yo *andaba mal*”

Este pasaje nos señala tanto la distancia que existe entre su identidad personal pasada con la presente, esa variación que nos permite pensar la noción de ipseidad, como la consecuente distancia entre su *yo* presente y ese *nosotros* al que pertenecía. Así, la identidad personal presente se construye a partir de un sentimiento de diferencia en relación a esos otros cercanos que componían el *nosotros*, valorando negativamente su antigua pertenencia a dicho grupo. Los indicadores de esas distancias son tanto la flexión de los

verbos (era, vivía, no era, andaba, drogaba, no soy) que nos marca cierta temporalidad (y el consecuente desarrollo de la trama narrativa) como el demostrativo que aleja a su propio pasado y a aquellos con los que lo compartía (“yo andaba en ésa”). Además, mediante el uso de modalizadores pone en duda la condición de amigos de esas personas (“se dicen ser amigos”) y afirma el cambio en su vida (“realmente yo cambié”).

La estrategia de persuasión fomentada por este narrador (Ricoeur 1996: 1002) apunta a inducirnos hacia un mensaje (en el doble sentido de contenido transmitido y enseñanza religiosa): su antigua vida es éticamente desaprobable, y al dejarla atrás se aleja de esos otros que conformaban su *nosotros*. Podemos pensar esta nueva vida del Negro a partir de la idea de identidad narrativa que permite incluir la mutabilidad en la cohesión de una vida.

Mientras que en la dialéctica de la mismidad y de la ipseidad el segundo polo está simbolizado por la noción del mantenimiento de sí, el primer polo está simbolizado por el fenómeno del carácter. En el relato del Negro dicho carácter parece jugarse en su experiencia laboral y su proyección a futuro, y cómo las asocia a la permanencia en él de un sentimiento de responsabilidad, que lo identifica y reidentifica a largo del tiempo.

En el presente no hallamos de manera explícita en su relato un *nosotros*, pero hay al menos tres *ellos*: los negros “que siguen en la joda”, los conchetos y los negros “integrados”. Así, aun sin poner en claro que incluiría su *nosotros*, el Negro establece sus límites reinterpretando sus atributos en comparación con otros grupos que quedan por fuera.

Respecto del primer *ellos*, dice el Negro:

“Y se acostumbra el fin de semana llega el viernes y se van todos al baile. (...) Mi pensamiento no es de estar todos los fines de semana como hay pendejos de mi edad que lo único que piensan es en salir los fines de semana. Yo creo que el pensamiento mío, el de trabajar por ejemplo, creo que no es de un pendejo de mi edad. Porque un pendejo de mi edad está preocupándose para conseguir la moneda para ir a bailar el fin de semana para ver si se levanta una mina”

Hablar del baile y de “conseguir la moneda”, siguiendo el relato, actúan como indicadores de clase: son los pibes de los barrios los que van al baile y tienen que preocuparse para obtener el dinero para hacerlo. En el pasado, como lo marca la flexión del verbo, el Negro era parte de ese *nosotros*, de esos “pendejos de mi edad” que pasaron a tornarse un *ellos* a partir de los cambios en el *yo* del Negro. Sin embargo, hay un *ellos* que parece aún más distante, según marcan las valoraciones del Negro, y que se sitúa en esa posición tanto en el presente como en el pasado: los conchetos. El Negro nos dice que esta separación entre negros y conchetos opera mediante distintos códigos y prácticas, donde a los dos protagonistas se suma un tercero: la policía¹⁰. Así, a través de un discurso valorativo en el que los agentes son alabados o censurados (Ricoeur 1990: 166), señala como rasgos diferenciadores a la forma de vestirse, las transgresiones y el trato policial, los lugares de salida y el modo de saludarse.

La propuesta de Tajfel sostiene que las personas, en su necesidad de valorar positivamente su grupo de pertenencia, lo realizan a través de apreciaciones comparativas del propio grupo con respecto a otros grupos, donde se pone en juego la imposibilidad de neutralidad del relato. El difuso *nosotros* presente del Negro, que estaría compuesto por pibes de los barrios, excluye tanto a los negros “que siguen en la joda” como a otro *ellos*: los negros “integrados”. Llamamos así, provisoria y operativamente, a aquellos jóvenes de sectores populares que pretenden diluir su propia pertenencia adoptando códigos y prácticas que les son ajenos, en principio, para ser aceptados o integrados en el *nosotros* de los pibes del centro. Estos “integrados” se mimetizan con los valores y significaciones vigentes, llegando a adoptar actitudes discriminatorias. Veamos uno de los varios ejemplos relatados.

E: “Y por ejemplo, ¿vos nunca fuiste a El Establo?”

N: Sí, una vez

E: ¿Y qué onda? ¿Te sentiste incómodo?”

¹⁰ Respecto a un proceso similar en la ciudad de Buenos Aires, dice Margulis (1999: 20): “quienes atraen el interés policial son los portadores de algunas características que activan la sospecha. Entre ellos ocupan un

N: Sí

E: ¿Por qué?

N: Porque... o sea, los conchetos tienen una forma de saludarse.

E: ¿Cómo?

N: Se saludan con un beso. Y nosotros, los negros, como nos llaman ellos, nosotros nos saludamos con la mano, ¿viste?, los varones se saludan con la mano. Las mujeres se saludan con un beso, bueno está bien. Pero cuando yo entré a El Establo, conocidos del barrio que yo sé que allá en el barrio son un negrito más, y que se vengán a hacer los conchetos a El Establo, a mí me cae para la miércoles.

E: ¿Cómo se hacen los conchetos por ejemplo?

N: Por ejemplo, este pibe que me paró, que me quiso saludar así, le dije 'No, salí de acá. A mí saludame bien, vos me conocés a mí y yo te conozco a vos. Yo sé de dónde sos vos'.

E: ¿Y siempre se saludaron con la mano?

N: Y claro... siempre nos saludamos con la mano, 'y me venís a dar un beso acá'. Y no... éste me dijo: 'vos no cambiás más... que sos un negro', 'que tenés que salir del barrio ese'.

E: ¿Y el pibe es del barrio?

N: Claro, (riéndose) el pibe es del barrio"

De este modo, mientras que el Negro es crítico tanto del modo de vida de los negros que siguen en la joda (en su mirada, mayoritarios) como de lo que *son* los conchetos, el caso del otro protagonista de lo ocurrido en el pub "El Establo" sería el de un "integrado" (parcial y muy precariamente) al sistema de prácticas y valores de los conchetos. Esta supuesta integración lo lleva a rechazar su *nosotros* pasado, asumiendo el lenguaje y los valores de los sectores dominantes y tornándose discriminador. Consideramos significativo lo que el Negro le recuerda al "integrado" ("en el barrio sos un negrito más"), porque podemos

lugar preferencial los pobres, los morochos. (...) El ser objeto de sospecha produce irritación y tiende a consolidar actitudes de aislamiento y recelo."

interpretarlo como que, aun en ciertos casos en los que los grupos no contribuyen a la identidad social de sus miembros y éstos intentan abandonarlos, dicho abandono del grupo puede resultar imposible por razones “objetivas” o entrar en conflicto con valores que son en sí mismos una parte de su autoimagen aceptable (Tajfel 1984: 293). En esto último residiría una de las dificultades del propio Negro para constituir un *nosotros*, ya que a pesar de valorar positivamente a los pibes de los barrios (respecto de los del centro), ve cómo dicha identidad social mayoritariamente incluye elementos negativos para su nueva identidad personal (estar con muchas mujeres, pelearse constantemente, consumir drogas, etc.).

Nono

Nono tiene 16 años y hace uno tuvo un hito importante en su construcción identitaria: su primera relación sexual, con otro varón (gay). Sólo habló del tema con su mejor amiga hace un mes (el entrevistador fue el segundo en escucharlo), y aguarda estar preparado para decírselo a su familia nuclear. Mientras que el Negro decodifica expresiones no siempre verbalizadas mediante las que lo estigmatizan, Nono escucha de una manera brutalmente directa, por la calle y los pasillos del colegio, “puto”, “trollo” y “maricón”, entre los “cumplidos” más frecuentes gritados a este adolescente de clase media. Es muy flaco, de pelo corto y parado con gel, teñido de colorado furioso, y está muy a la moda con su ropa.

Al ser consultado sobre qué asociaba a la palabra sexualidad, Nono mencionó “forma de ser”, “personalidad”, “algo que demuestra cómo soy yo”, y la ubicó en su relato en un lugar central para su vida; manifestó que esta centralidad se da particularmente por el hecho de ser gay y, por ejemplo, obligar a su entorno afectivo a apoyar o no su decisión. Así, trabajamos la dimensión sexual de su construcción identitaria siguiendo una noción operativa de identidad sexual¹¹: tomamos a Nono como un homosexual “identitario” ya que considera que el hecho de tener deseos y/o mantener relaciones sexuales y/o amorosas con personas del mismo sexo define en mayor o menor medida su propia identidad (Pecheny 2002: 126),

¹¹ No desconocemos la complejidad conceptual ni las implicancias políticas del debate en torno a la nociones de identidades e identificaciones (homo)sexuales y diferencia sexual. Por una cuestión de extensión, remitimos a

reconocimiento que es en principio ante sí mismo y que comienza a ser asumido en distintos niveles. Dentro de las múltiples formas de afirmación de la diferencia sexual o identificaciones homosexuales Nono se reconoce como gay: reivindica su ser masculino y es atraído por otros hombres que no renuncian a ciertas características tradicionalmente masculinas (por ejemplo, no intentan adoptar rasgos estéticos o de la apariencia física del sexo opuesto), tal como nos relata de su primer compañero sexual y de la persona por la que hoy se siente atraído. Considerando que el sustantivo y el adjetivo “homosexual” se utilizan de modo genérico, y el sustantivo y el adjetivo “gay” se utilizan más precisamente para los individuos homosexuales que asumen con cierto grado de publicidad su orientación sexual (Pecheny 2002: 127), es significativo que Nono los use alternada e indistintamente¹², ya que parece estar en una etapa fundamental en el proceso de dar a conocer su orientación¹³.

La idea de que el relato construye la identidad del personaje al construir la de la historia narrada (Ricoeur 1990: 147), parece pensada para el caso de Nono. Al hecho de que nuestra identidad no es más que la trama de narraciones tejidas¹⁴, debemos sumarle la particularidad de que el propio relato que nos entrega Nono puede dividirse en tres etapas que parecen ser las etapas de su vida. Un primer momento en el que simula ser heterosexual y no haber tenido relaciones sexuales, que dura casi un tercio de la entrevista y en su propia vida, para muchos de los que lo rodean, hasta la actualidad. Frente a nosotros comienza presentando una fachada masculina exageradamente tradicional, un “macho” que desprecia a las mujeres. Pasa a la segunda etapa defendiendo a tres compañeros que son molestados por su supuesta homosexualidad para, inmediatamente, comunicar que es homosexual, a partir de una pregunta indirecta (“¿cómo sería para un adolescente ser homosexual en Trelew?”). Por último, el desahogo que implica para él poder hablar abiertamente de su homosexualidad

alguna bibliografía: Shively y De Cecco 1977, Perlongher 1997, Kornblit et al 1998, Butler 2001, Guajardo 2002, Pecheny 2002, Sabsay 2002, Meccia 2003. Anteriormente, abordamos el tema (ver Bibliografía).

¹² Sólo a fines prácticos, también hablaremos indistintamente de varones homosexuales y gays.

¹³ Tal vez dicho uso también refleje la inestabilidad, precariedad y ambigüedad de identidades sexuales, producto de una lucha por la categorización (Sabsay 2002: 156).

con algunas personas (una amiga y el entrevistador), y el horizonte de temores e incertidumbres acerca de la reacción de los restantes “otros significativos”. En otras palabras, lo que planteamos es que la forma de su relato, y particularmente el manejo que hace de la información en cuanto a su homosexualidad, dan forma a la propia historia de vida (al menos, reciente) de Nono.

¿Cuál es el soporte de la permanencia del nombre Nono a lo largo de sus 16 años de vida? Nono también apela al discurso indirecto de la narración para poner en juego la dimensión temporal en su dinámica construcción identitaria, incluyendo así el cambio en la cohesión de una vida. Sin embargo, a diferencia del Negro que marca *un* quiebre en su narración (visible, por ejemplo, a través de la conjugación de los verbos), el relato de Nono incluye explícitamente muchos más hitos significativos y responde a una suerte de progresión o encadenamiento entre ellos. Como si cada cosa que ocurrió en su vida fuera un eslabón en la construcción de una trama “que invierte el efecto de contingencia, en el sentido de que hubiera podido suceder de otro modo o no suceder en absoluto, incorporándolo, de alguna forma, al efecto de necesidad o probabilidad, ejercido por el acto configurante” (Ricoeur 1990: 141). Esta sucesión narrativa incluye los siguientes hitos que demarcan etapas en su construcción identitaria como homosexual: la “prehistoria”; la aparición de un amigo gay; la primera relación sexual; la comunicación a una amiga y el manejo de la información sobre su homosexualidad en el presente y su proyección a futuro¹⁵. Cada historia (verídica o inventada) que el propio Nono nos cuenta sobre sí mismo refigura su historia de vida (Ricoeur 1996: 998).

Al hablar de “prehistoria” de su homosexualidad nos referimos a ciertas prácticas que Nono relata para el período desde los 12 años de edad hasta los 15. En un *crescendo*

¹⁴ Cabe señalar que el propio Ricoeur (1996) marca algunos límites a la noción de identidad narrativa, a la que considera que deben unirse los elementos no narrativos de la formación del sujeto agente. Al respecto, ver las conclusiones de *Tiempo y narración III* (particularmente, páginas 1000-1002).

¹⁵ En el relato de Nono podemos rastrear y reformular algunas etapas de las que Plummer (1981) señala para el proceso de construcción de la identidad homosexual: sensibilización (sentirse diferente a los demás en cuanto a los deseos sexuales); significación (atribución de un sentido a tales diferencias percibidas) e, incipientemente en este caso, estabilización (aceptación de los propios sentimientos y modos de vida).

sexualizante, comienza con el contemplar inocentemente la belleza de sus compañeros varones de colegio e incluye mirar una película pornográfica y descubrir la atracción por los hombres desnudos. El escenario de este pasado (dejado atrás, según nos marca la flexión de los verbos) es la Escuela de Bryn Gwyn¹⁶, que aparece fuertemente idealizada por oposición a un presente más hostil en su actual colegio de Trelew. También aparece en el relato un amigo gay más grande que vivió en otros países, que le da una “lección” que Nono pone en práctica en la búsqueda de su felicidad: dejar de fijarse cómo son los demás y no prestar atención a lo que dice el resto acerca de cómo es uno, para buscar la manera de ser feliz uno mismo. Lo destacamos por la asociación constante de Nono entre homosexualidad y búsqueda de la felicidad.

Nono pasa a la segunda parte de su relato mencionando la supuesta existencia de algunos compañeros afeminados, de los que intuye que pueden ser gays. Esta parte del relato es previa a la comunicación de su homosexualidad, por lo que aun emplea algunas estrategias de ocultamiento, y es rica para observar cómo se teje la identidad narrativa, que puede incluir historias inventadas.

N: “Por ejemplo, yo en mi curso hay... hay unos chicos, hay un chico que es super afeminado, hay otro medio, y hay otro que... digamos que hay tres, medios afeminados. O sea, todos dicen que les gustan los hombres. A mí también me parece que les gustan los hombres, pero no sé, no me molesta. Me parece que todos agarran y les dicen cosas, por ahí si yo les tengo que decir algo, yo la verdad que no me da para decirles porque si quieren... si les gustan los hombres, qué querés que haga... no te voy a hacer una fiesta, pero tampoco me voy a poner triste

E: ¿Qué son? ¿Compañeros de curso?

N: Compañeros de curso. Que *son me parece* super criticados y *me parece* que la vida se les hace, ya aparte de los problemas cotidianos que *tenemos* de tener que ir a la Escuela,

¹⁶ Se refiere a una escuela situada en una zona rural a 20 km de Trelew, a la que asistió hasta finalizar la EGB.

de tener que ir a tu casa, de tener que hacer todo lo que tenés que hacer, que encima *te* tenés que bancar a veinte mil personas que *te* están diciendo: "puto" o cosas de ésas...

E: ¿Y quiénes les dicen? ¿Los compañeros? ¿Los de otros cursos? ¿Quiénes?

N: Mis compañeros, los de otros cursos, amigos... *yo sé lo que es, porque a mí me lo hacen*, porque *yo paso* por la Escuela y un estúpido o dos *me gritan* "puto", por cómo *camino*, por cómo *hablo*, y todas esas cosas... Y a veces me pongo a pensar de por qué”

La ambigüedad de su exclusión/inclusión en ese grupo de varones “medio afeminados” se revela, por ejemplo, en la flexión de los verbos: comienza en tercera persona del plural (les gustan, son, se les hace), para pasar a incluirse mediante la primera persona del plural (tenemos). La exclusión inicial es reforzada a través de modalizadores (me parece) que marcan cierta distancia al atenuar su simpatía por los chicos hostigados. Su posterior inclusión en ese grupo, con la modificación en la flexión de los verbos, se hace más explícita sobre el final al contar su testimonio personal (ya en primera persona del singular), enfatizando algunas vivencias a través del uso de los pronombres personales (yo, a mí). En todo momento, Nono visualiza a la identidad sexual como algo a definirse, y a la adolescencia como la etapa de esas definiciones. También el Negro ve en la adolescencia el período donde se inician las definiciones; en su mirada, se trata de madurar y tornarse responsable, luego de la etapa de “conocer cosas” (alcohol, drogas, baile, muchas mujeres) entre los 12 y los 16 años. En su registro, Nono también nos habla de “conocer cosas” en esa etapa: destaca a su primera relación sexual como un punto de referencia importante en el proceso de construcción identitaria, en tanto concreción de deseos y fantasías sexuales previas, como sus sueños eróticos homosexuales.

N: “Me parece que a esta edad no hay nadie definido sexualmente. Porque ésta es la etapa de definición, es la etapa en que vos te definís.

E: ¿Y vos cómo fue que llegaste a descubrirte o a conocerte y a darte cuenta, a pensarte que podías ser homosexual?

N: Porque... porque bueno, yo tuve relaciones sexuales con un hombre

E: Ajá. ¿Hace mucho tiempo?

N: No, fue el año pasado... (...) y me gustó, y segundo que yo por ahí si pasa una mina con un tipo del brazo, la mirada se me corre para el tipo más que para la mina digamos, ¿no?

Entonces es como que me calientan más los hombres que las mujeres. Yo creo que eso, yo saco la conclusión de que soy homosexual... (...)

E: Si tuvieras que decir vos qué te llevó a tener relaciones sexuales, ¿no? Digamos, ¿qué dirías? (...)

N: Curiosidad y definición, porque gracias a eso yo pude definir”

Mientras que en el relato del Negro el punto de referencia tiene el carácter de quiebre o inflexión, en la narración de Nono tomamos su primera (y hasta ahora única) relación sexual en tanto punto de llegada, no sólo por la definición que Nono le atribuye a la misma, sino porque los acontecimientos en su narración parecen conducir en un ritmo creciente hacia ella, para luego derivarse de ahí los principales dilemas de su vida cotidiana actual. Podemos pensarla como un nudo donde confluyen los eslabones previos y del que nacen los nuevos más significativos. De esas derivaciones, se destacan las referidas al manejo de la información sobre su homosexualidad, lo que marca otra diferencia con el Negro. Mientras que el origen mestizo y la pertenencia a sectores populares es evidente ante los ojos de los demás y compartida con el núcleo de socialización primaria, en el caso de Nono la *no-evidencia* y la *no-comunidad de destino* de su homosexualidad tornan problemático el manejo de la información sobre ella (Pecheny 2002: 127-128). En términos de Goffman (1993), es un individuo *estigmatizable*, ya que su estigma no es evidente ante los ojos de los demás, pero puede llegar a serlo. Ante un contexto hostil, a diferencia del Negro y las características por las que lo estigmatizan, Nono puede dar a conocer de modo diferenciado su identidad sexual, en la medida que cuenta con la relativa capacidad de simular como recurso de protección (tal como lo hizo al comienzo de la entrevista). En su caso, el manejo

de dicha información está altamente estructurado, es decir, es cuidadoso y diferenciado según los espacios, los momentos y los interlocutores. Esta gestión del secreto en tanto relación social (Simmel 1939), tiene diversas formas de resolución. El hito privilegiado que constituye el confiarlo a una única amiga sería una *comunicación* a confidentes elegidos, que en lugar de abolir la separación preserva el secreto pero aliviando su peso y tensión (Zempleni 1984: 104).

N: “Llegó un momento en este año, hace un mes atrás, no sabés... yo sentía que explotaba. Me bajó la presión, me mareaba. No podía hacer nada porque se me cruzaba todo el tiempo que la gente me iba a criticar. (...) Entonces dije: ‘No, basta. Se lo tengo que decir a alguien’. ¿Y a quién se lo decía? A mis papás no, porque ellos no estaban preparados para que se los diga. A mi hermana tampoco, y me quedaba ella nada más. Que de todas las amigas que tengo es la más madura, o la que mejor lo iba a comprender. Así que se lo dije

E: ¿Y cómo lo tomó? (...)

N: Y lo tomó bien, o sea no...

E: ¿Vos te sentiste acompañado por ella?

N: Justamente, yo si hoy a ella no se lo hubiera dicho a eso yo esto no lo estaría diciendo. Ponele te estaría mintiendo. Porque yo... pero ahora que se lo conté, siento que... y que ella me hizo comprender que no es tan... tan un error. No es una cosa mala. Me hizo entender, yo ya lo sabía, pero ella me lo metió en la cabeza y lo pude... y ahora te lo pude decir. Si no, no te lo hubiese dicho, en ese sentido”

Además de la comprensión brindada por la amiga, que le permitió disminuir el malestar que le genera el hecho de ser gay (“porque vos sentís que vos decepcionás a tus papás”), encontró una persona frente a la cual poder expresar sentimientos y angustias como, por ejemplo, la atracción por un compañero de colegio. Al confiar su secreto, no le pide sólo que lo conserve y alivie el peso del ocultamiento, sino también que lo defienda de su propia propensión a manifestarlo (Zempleni 1984: 104). Su *comunicación* tiene como segundo

capítulo la propia entrevista, a la que considera “una forma de desahogo”. La agregamos como un hito en la construcción de su identidad narrativa, en la medida que permite el sí del conocimiento de sí como fruto de una vida examinada que es, en gran parte, una vida purificada, clarificada, gracias a los efectos catárticos de los relatos (Ricoeur 1996: 998).

La *no-comunidad de destino* de la homosexualidad de Nono respecto de la familia, torna problemático el manejo de esta información. Mientras que otros individuos discriminados (como el Negro) encuentran en el núcleo de socialización primaria una fuente de apoyo, para un adolescente que va descubriendo su deseo hacia personas de su mismo sexo se plantean interrogantes y temores. Respecto de la familia, la forma de resolución de su secreto oscila entre la *revelación* y la *secreción*. *Revelación* porque, a partir de una circunstancia fortuita como fue que sus padres se hayan enterado que tuvo su primera relación con un hombre a partir de un rumor, lo interrogaron y Nono “confesó” haberlo hecho. Sin embargo, en su caso no implicó reconocerse como homosexual frente a ellos. Hoy, un año más tarde, parece haber optado por la *secreción* al “dejar escapar”, “filtrar” información –regulando la tensión y la preservación del secreto- (Zempleni 1984: 106), particularmente bajo la forma de “indirectas” para ir “preparando el terreno” para decirlo. Ahora bien, lo que vimos hasta aquí en Nono refería a su identidad personal; si rastreamos su identidad social, no emerge del relato de Nono una percepción de pertenencia a un grupo. ¿Quiénes conforman hoy el *nosotros* del que Nono se siente parte? El hecho de que, al igual que con el Negro, su referente no sea claro parece relacionarse tanto con los mencionados y recientes cambios en su identidad personal como con el espacio geográfico y simbólico donde transcurre su vida. Nono sospecha que hay otros gays en Trelew pero no tiene certezas al no haber conocido ni visto alguno. Una pista es que un varón lo intentó “levantar” en el boliche, situación no del todo clara para Nono, al no estar mediado por palabras el acercamiento sino por gestos (tomarlo de la mano en silencio y llevarlo a bailar). Los hombres gays que incluye en su relato son siempre lejanos, en varios sentidos: adultos, no viven en Trelew y poseen cierta condición itinerante (en el país –como el chico con el que tuvo su primera relación- o en el

mundo –como aquél que le dio una lección sobre tolerancia, después de haber vivido en España y Estados Unidos-) o son los que conoce a través de la televisión, quienes no ocupan un lugar importante en su narración.

El *ellos* tiene un rol importante en la constitución de la identidad personal y social de Nono, y está compuesto por aquellos que lo discriminan. Lo hacen efectivamente¹⁷ los otros alumnos varones de su colegio, y así juegan el rol de grupo rival a partir del cual, comparación social mediante, Nono se define por oposición: son agresivos y se meten en la vida de los demás, porque no se preocupan por buscar su propia felicidad. Hasta cierto punto, y parafraseando a Goffman, lo que comienza siendo un estigma cuando le gritan “puto” o “trollo”, a través del desarrollo de la trama identitaria de Nono termina siendo un emblema. Como en la entrevista misma, en su vida pasa de reconocerse como “afeminado” a sentirse orgulloso de su elección identitaria, es decir, “cambia la interpretación que hace de los atributos de su grupo de forma que sus características desagradables o bien se justifiquen o bien se hagan aceptables a través de la reinterpretación” (Tajfel 1984: 293). En su caso, la llave de esta reinterpretación es considerar a la homosexualidad como parte de la mencionada búsqueda de la felicidad. Por lo mencionado, también su familia nuclear constituye un *ellos*, del que Nono teme su rechazo cuando comunique su homosexualidad.

Comentarios finales

A lo largo del trabajo señalamos algunas diferencias y similitudes entre las historias. Tanto para el Negro como para Nono la adolescencia es una etapa central en el proceso de construcción identitaria. También en ambos casos es sintomática la imposibilidad de visualizar hoy un *nosotros*, una identidad social claramente delimitada, imposibilidad articulada con y agudizada por las mutaciones del *yo*, la identidad personal, a lo largo del tiempo. Creemos que esto es otra evidencia de la condición de diferentes que los entrevistados ponen en juego en su narración. Destacamos la capacidad de ambos de poner

¹⁷ Según Green (1995 citado en Pecheny 2002) la discriminación puede ser real o sentida. Es real cuando es efectivamente ejecutada, mientras que es sentida cuando el individuo, anticipándose a un rechazo, se autodiscrimina.

en palabras la complejidad del proceso identitario y su conciencia del lugar de diferentes que ocupan en Trelew. Si la adolescencia suele ser una etapa conflictiva, construir identidades en los márgenes de la legitimidad y aceptación aparece como una empresa ardua. Más aún en un entramado simbólico en el que la tolerancia¹⁸ a ciertos grupos no es un valor muy extendido, los otros cercanos se tornan invisibles y los procesos de marcación adquieren particularidades “locales” por el tamaño de la ciudad¹⁹. La forma rápida, extendida y distorsionada de circulación de la información sobre valores y prácticas que hacen a la identidad de una persona, y la ausencia de anonimato, con la consecuente imposibilidad de una doble vida, se agudizan en una ciudad de 90 mil habitantes. También las diferencias socioeconómicas parecen contrastar de manera más evidente en un espacio geográfico reducido pero altamente codificado en cuanto a sus usos legítimos.

Como nos recuerda la performatividad de las acciones de los distintos *ellos*, la “negritud” del Negro y la homosexualidad de Nono se construyen culturalmente dentro de relaciones de poder existentes. Sin embargo, funcionar dentro de la matriz del poder no es lo mismo que reproducir una réplica de las relaciones de dominación sin criticarlas; ofrece la posibilidad de una repetición de la ley que no sea su consolidación, sino su desplazamiento mediante la operación subversiva de las “identificaciones”, las cuales son inevitables dentro del campo de poder (Butler 2001: 64). El planteo sería extensible a la historia del Negro, que puede ser pensada en clave subversiva en la medida que su dinámica identidad denuncia opresiones y abre alguna alternativa parcial al modelo identitario hegemónico impuesto a sus pares. El relato del Negro es excepcional porque quiebra la tendencia a disimular y ocultar el tipo de discriminación de la que es víctima. Tanto para los “negros” como para las personas que presentan una diferencia sexual respecto de la norma, resulta muy difícil aceptar que se ocupa un lugar desvalorizado en las clasificaciones sociales, mucho más aún cuando no existen cerca pares con quienes identificarse. El horizonte eminentemente político que

¹⁸ Con lo ambiguo de una idea que no significa plena aceptación ni reconocimiento social, sino admitir la presencia del otro a pesar del rechazo que genera.

¹⁹ Sobre las particularidades del proceso de estigmatización y discriminación en Trelew, ver: Jones 2004.

debería abrirse es el de una lucha por revertir esas posicionalidades relacionales sólo temporariamente fijadas.

Bibliografía

- ARFUCH L. (2002): "Problemáticas de la identidad". En L. ARFUCH (comp.) *Identities, sujetos y subjetividades*. Buenos Aires, Prometeo, pp. 19-41.
- BENVENISTE E. (1991): *Problemas de lingüística general*. 2 tomos. México DF, Siglo XXI. Capítulo XV, "De la subjetividad en el lenguaje".
- BUTLER J. (2001): *El género en disputa. El feminismo y la subversión de la identidad*. México DF, Paidós. Capítulo 1º, "Sujetos de sexo/género/deseo", pp. 33-67.
- GEERTZ C. (1990): *La interpretación de las cultura*. Barcelona, Gedisa. Capítulo 1º, "Descripción densa".
- GUAJARDO G. (2002): "Contexto sociocultural del sexo entre varones". En Cáceres C., Pecheny P. y Terto V., *Sida y sexo entre hombres en América Latina: Vulnerabilidades, fortalezas y propuestas para la acción*. Lima, Universidad Peruana Cayetano Heredia y ONUSIDA, pp. 57-79.
- JONES D. (2003): "Secretos vinculados. El manejo de la información acerca de la identidad sexual y la enfermedad en hombres gays viviendo con VIH/sida." Ponencia para el Congreso 2003 de la Latin American Studies Association, Dallas, Texas, 27-29 de marzo.
(2004): "Youths and sexual minorities. A model of stigmatization and discrimination". Trabajo final para el seminario "Sociología de las drogas y Antropología de los territorios", Centro Franco-Argentino de Altos Estudios.
- KORNBLIT A., PECHENY M. y VUJOSEVICH J. (1998): *Gays y lesbianas. Formación de la identidad y los derechos humanos*. Buenos Aires, La Colmena.
- MARGULIS M. (1999): *La segregación negada*. Buenos Aires, Biblos. "Introducción" y "La discriminación en la discursividad social", pp. 9-14 y 17-36.
- MECCIA E. (2003): "Cuatro antinomias para una sociología de las minorías sexuales". En M. MARGULIS (comp.), *Juventud, cultura, sexualidad*. Buenos Aires, Biblos, pp. 155-174.

- MEINTEL D. (1993): "Qué es una minoría". En París, *El Correo de la Unesco*.
- PECHENY M. (2002): "Identidades discretas". En L. ARFUCH (comp.), *Identidades, sujetos y subjetividades*. Op. cit.
- PERLONGHER N. (1997): *Prosa plebeya. Ensayos 1980-1992*. Buenos Aires, Colihue. Ensayos "Los devenires minoritarios" y "La desaparición de la homosexualidad", pp. 65-75 y 85-90.
- RICOEUR P. (1990): *Sí mismo como otro*. México DF, Siglo XXI. Sexto estudio, "El sí y la identidad narrativa", pp. 138-172.
- RICOEUR P. (1996): *Tiempo y narración III*. 3 tomos. México DF, Siglo XXI. "Conclusiones", pp. 991-1037.
- ROBIN R. (1994): *Identidad, memoria y relato. La imposible narración de sí mismo*. Secretaría de Posgrado de la Facultad de Ciencias Sociales y Oficina de Publicaciones del Ciclo Básico Común, Universidad de Buenos Aires.
- SABSAY L. (2002): "Representaciones culturales de la diferencia sexual: figuraciones contemporáneas". En L. ARFUCH (comp.), *Identidades, sujetos y subjetividades*. Op. cit.
- SANCCI B. y PANIQUELLI M. (1997): *Conflicto político y protesta urbana. Chubut, octubre de 1990*. Tesis de Licenciatura en Historia. Trelew, Chubut, FHCS, Universidad Nacional de la Patagonia San Juan Bosco.
- SHVELY M. y DE CECCO J., 1977: "Components of sexual identity." En *Journal of Homosexuality*, Nº 4, pp. 341-348.
- SIMMEL G. (1939): *Sociología. Estudios sobre las formas de socialización*. Buenos Aires, Espasa-Calpe. Capítulo 5, "El secreto y la sociedad secreta", pp. 357-386.
- TAJFEL H. (1984): *Grupos humanos y categorías sociales*. Madrid, Herder. Cap. XII y XV, "Categorización social, identidad social y comparación social" y "La psicología social de las minorías", pp. 291-304 y 349-384.
- TAJFEL H. y TURNER J. (1989): "La teoría de la identidad social de la conducta intergrupala". En J. MORALES y C. HUICI (comp.), *Lecturas en Psicología social*. Madrid, UNED.

-ZEMPLENI A. (1984): "Secret et sujétion. Pourquoi ses 'informateurs' parlent-ils à l'ethnologue?". En *Traverses*, N° 30-31, pp. 102-115.